



RUDYARD KIPLING

El libro de la selva
El segundo libro de la selva

Introducción de KAORI NAGAI

Entre el viaje iniciático y la novela de aventuras, la obra maestra de Kipling es una de las grandes narraciones de todos los tiempos.

«La selva tiene muchas lenguas. Yo me las sé todas».

La presente edición reúne los dos libros que conforman una de las colecciones de cuentos más famosas de la historia de la literatura: *El libro de la selva* y *El segundo libro de la selva*, que Kipling escribió para su hija. La historia de Mowgli, el niño criado por una manada de lobos, ha fascinado y encandilado a los más jóvenes (y no tan jóvenes) generación tras generación. Mowgli, el oso Baloo, la pantera Bagheera, el tigre Shere Khan, la serpiente Kaa y el lobo Akela nos han hecho soñar con un mundo exótico, lleno de maravillas y peligros, transmitiendo valores como la amistad, la lealtad, el amor y la unidad de la manada.

Este tomo se abre con una magistral introducción de Kaori Nagai, profesora en la Universidad de Kent y reconocida experta en la obra de Rudyard Kipling. Como apéndice, añadimos el relato «En el rukh», del volumen *Muchas fantasías* (1893), que supone la primera aparición literaria de Mowgli si bien la acción se sitúa cronológicamente hacia el final del primer *Libro de la selva*.

Salman Rushdie dijo...

«Ningún otro escritor occidental ha entendido la India como Kipling».

INTRODUCCIÓN

Escribir «libros de la selva» es harto difícil. Tengo que traducir el lenguaje de los animales y el de la selva a un inglés sencillo y comprensible y, puesto que los animales utilizan palabras combinadas como las que Humpty-Dumpty dirigía a Alicia a través del espejo, cuesta mucho traducirlas. Cuando un tigre o un oso dice «Grrr» en tono agudo quiere decir algo muy distinto de «Grrr» en tono grave, y cuando dice «¿Grrr?», como si estuviera formulando una pregunta, significa otra cosa. Y lo mismo ocurre cuando [dice] «Grrr-rrr» con una pausa en medio.

Donde ahora vivo, en Estados Unidos, tenemos muchísimos animales, pero no son criaturas de la selva. Tenemos zorros y, de vez en cuando, un oso mata un ternero o un jabalí...^[1]

I

El libro de la selva es una recopilación de dos colecciones de relatos, *El libro de la selva* (1894) y *El segundo libro de la selva* (1895), el fruto más importante de la etapa estadounidense de Kipling (1892-96) cuando vivía en Brattleboro, Vermont, hogar de su esposa Caroline («Carrie»), con quien hacía poco que se había casado. En su autobiografía *Algo de mí mismo*, obra póstuma publicada en 1937, Kipling recuerda cómo «en la incierta calma del invierno del 92», su daimon, su impulso creativo, que estuvo «con él» durante todo el proceso de escritura de *El libro de la selva*, lo llevó a escribir «Los hermanos de Mowgli»: «Tras esbozar el argumento principal, la pluma hizo el resto, y vi cómo

empezaba a escribir historias sobre Mowgli y los animales, que luego se convertirían en *El libro de la selva*».^[2] Cabe destacar que dicho proceso coincidió con el mágico y espontáneo florecimiento de su nueva familia, que además los inspiró. Las ideas iniciales sobre las obras le vinieron a la mente mientras Carrie estaba embarazada de su primera hija, Josephine, y la segunda, Elsie, nació en 1896, poco después de terminar *El segundo libro de la selva*. Favoreció su creatividad la vida tranquila en la región montañosa de Vermont, famosa por su belleza natural y su clima saludable, donde construyó su primera casa, Naulakha, en la que escribió y revisó la mayor parte de los relatos de *El libro de la selva*.

Fue en esa época, la más feliz y productiva de su vida, cuando Kipling, a quien se alababa por su capacidad para identificarse con «cualquier cosa o persona sobre la que escribía»,^[3] se aventuró a adentrarse en el mundo de los animales y a ponerse en su piel. Rosemary Sutcliff, una famosa escritora de obras infantiles, al recordar su experiencia cuando de niña leyó *El libro de la selva*, se maravilla de «cómo alguien que no anda a cuatro patas ni tiene el cuerpo cubierto por un pelaje aterciopelado de color ébano puede estar tan seguro de lo que siente una pantera negra».^[4] El fragmento introductorio, extraído de una carta que Kipling escribió en respuesta a la que le envió un admirador de corta edad desde Inglaterra en 1895, capta de forma interesante hasta qué punto el escritor, al «traducir» el lenguaje de los animales al inglés, producía sonidos casi iguales a los de los propios animales, mientras que *El libro de la selva* se fusiona, mediante de la figura de Humpty-Dumpty, con el mundo de *A través del espejo*, que Kipling suponía que el niño había leído. Al escribir sobre los animales y como ellos, Kipling perseguía ser admitido de nuevo en el mágico y privilegiado universo de los lectores infantiles, cosa que también se aprecia en el tono fraternal con el

que se dirige al niño. Algunos de los primeros relatos de *El libro de la selva* los escribió para la revista *St Nicholas*, una publicación infantil muy popular en Estados Unidos editada por Mary Mapes Dodge y que Kipling había disfrutado mucho leyendo. Le encantaba el reto de crear historias para niños, a quienes consideraba un público «bastante más importante y exigente» que el de los adultos.^[5]

El libro de la selva, escrito en el momento culminante del poder imperial británico, invita inevitablemente a ser considerado una alegoría de la ideología imperialista del autor; de ahí la reputación de Kipling de «bardo del Imperio». No obstante, incluso quienes detestan a Kipling por su imperialismo son capaces de hacer una excepción con sus dos obras más famosas para niños, *El libro de la selva* y *Solo cuentos (para niños)* (1902), y considerarlos los únicos «que merece la pena leer».^[6] En particular, *El libro de la selva*, quizá la más conocida de las obras maestras de Kipling, ha tenido un impacto más trascendental en nuestra fantasía con la creación de Mowgli, el niño lobo. Su estructura, que integra la saga de Mowgli en otras historias más realistas de animales, representa el encuentro entre sueño y realidad; con ello Kipling buscaba construir una esfera infantil de juego e imaginación, lejos del mundo laboral de los adultos, con la forma de la selva de Mowgli. Incluso cuando las obras «para adultos» de Kipling perdieron rápidamente su popularidad al mismo tiempo que se iniciaba el declive de la hegemonía del Imperio británico en la primera mitad del siglo XX, *El libro de la selva* permaneció en las estanterías de las habitaciones infantiles y se convirtió prácticamente en sinónimo de la alegría de la infancia y de la lectura. Es posible que los lectores actuales lo hayan conocido a través de la versión de dibujos animados de Disney (1967) y sus spin-off que, aunque apenas captan la complejidad del original de Kipling, han desempeñado un importante papel a la hora de difundir el mito de Mowgli y las imágenes de

animales salvajes que lo acompañan como parte fundamental de una infancia feliz.

Uno de los primeros borradores de «Los hermanos de Mowgli» revela que originalmente Kipling situó la selva en «los montes Aravulli», en el estado de Mewar en Rajputana (actual Rajasthan), al noroeste de la India.^[7] Kipling conocía bien esa zona, ya que la había visitado en 1887 como enviado especial del *The Pioneer*, el periódico para el que entonces trabajaba en la India. Sin embargo, pronto trasladó la ubicación de la selva a «los montes de Seonee» en el centro de la India, que jamás había visitado, y se dice que, para describir la zona, recurrió en gran medida a la obra de Robert Armitage Sterndale *Seonee or Camp Life on the Satpura Range* (1877).^[8] Así, durante el proceso de escritura de *El libro de la selva*, Kipling tomó la decisión deliberada de distanciarse de sus propias experiencias en la India reubicando la selva de Mowgli, como si con ello quisiera reproducir su reciente traslado a Estados Unidos. De ese modo, sus profundos conocimientos y experiencias de la India se reordenaron para adquirir nuevas formas de expresión, en las que al paisaje de la India se superpuso el de Estados Unidos, países ambos poblados por «muchísimos animales».

Resulta significativo que la ubicación en la India y la creación de un joven héroe permitan a Kipling revivir su propia infancia en la India colonial, donde había pasado sus primeros años. Igual que Mowgli, Kipling, un niño angloindio, se consideraba morador de dos mundos. Pertenecía al mundo de sus padres ingleses, del que procedía su autoridad como niño inglés, mientras que disfrutaba de la compañía de sus sirvientes indígenas con quienes exploraba el mundo indio, exótico y lleno de color, con sus «días de luz clara y de oscuridad».^[9] John McBratney lo llama «espacio feliz» de la infancia, un breve período de tiempo durante el que un niño inglés nacido en la India, inmerso en la lengua

y la cultura autóctonas, pudo disfrutar de una verdadera fraternidad con los nativos, ajeno todavía a las políticas de jerarquía racial de los adultos.^[10] Al mismo tiempo, *El libro de la selva*, que termina cuando Mowgli alcanza la madurez y abandona la selva para entrar en el mundo de los humanos, la presenta como un lugar lleno de nostalgia, una infancia perdida muy atrás en el tiempo a la que los adultos evocan con reverencia. La maravillosa infancia del propio Kipling en la India terminó de forma abrupta cuando a los cinco años lo enviaron a Inglaterra para ser escolarizado. El trauma del desarraigo de la India y la época de desdicha que vivió en el hogar de la familia que lo acogió en Southsea, al que llamaba «Casa de la Desolación», fueron trasladados a la ficción con gran acierto en su relato semiautobiográfico «Baa Baa Black Sheep» (1888), mientras que en *El libro de la selva* sus queridos recuerdos de la India y la irreparable sensación de pérdida de la que jamás se recuperó quedan bellamente sublimados con un mito universal de la infancia.

Vermont fue el nuevo jardín del edén de Kipling, y la selva de Mowgli lo refleja de distintas maneras. Allí fue felizmente ajeno a las inminentes desdichas y tragedias que le sobrevendrían, pero la vida idílica en Vermont resultó durar menos que la infancia de Kipling en la India. La creciente tensión con su cuñado y vecino Beatty Balestier lo obligó a abandonar Estados Unidos con su familia en agosto de 1896. Cuando los Kipling visitaron el país en 1899 el escritor y su hija Josephine cayeron gravemente enfermos durante el viaje y ella murió mientras él estaba aún convaleciente. Después de esa tragedia, Kipling jamás regresó a Estados Unidos, y Vermont se convirtió en otro paraíso perdido.

La base sobre la que se fundamentó la temprana reputación de Kipling fue su papel de narrador de historias del pueblo indio. Escribía no solo acerca de una amplia variedad de «nativos» de diferentes razas y condiciones, sino también sobre los angloindios que servían a su país en la India. Kipling denomina a unos y otros «mi propia gente», y lo hace con gran cariño y un fuerte sentido de la camaradería, como bellamente queda reflejado en su epígrafe de *El hándicap de la vida* (1891): «Me crucé con cien hombres en el camino a Delhi y todos ellos eran mis hermanos».^[11] En *El libro de la selva*, Kipling vuelve su mirada hacia los animales, también «hermanos» queridos con los que se encontró durante su viaje por la India y más allá. Al igual que el narrador de *El hándicap de la vida*, que recopilaba relatos «en todas partes y entre toda clase de personas», el narrador de *El libro de la selva* reconoce en el prefacio su «deuda» para con los diversos animales que le proporcionaron de primera mano relatos de historias maravillosas — elefantes, un mono, un puerco espín, un oso, una mangosta y muchos otros que desean «permanecer en el más riguroso anonimato»—, y se presenta a sí mismo como un simple «recopilador» de esas asombrosas historias. Así pues, desde este punto de vista *El libro de la selva* es una versión animal de *El hándicap de la vida*. De hecho, Limmershin, el Reyzeuelo Invernal, un «pajarillo muy raro» que «sabe decir la verdad» y que se identifica como el informador de «La foca blanca», recuerda en cierto modo a Gobinda, un viejo cuentacuentos indígena de *El hándicap de la vida*, que suele proporcionar al narrador historias «reales» aunque no necesariamente aptas para ser publicadas.^[12]

El libro de la selva es, en primer lugar y ante todo, una historia de animales, cuya vida va íntimamente ligada a la sociedad humana y a los asuntos del Imperio británico. «Toomai de los Elefantes», por ejemplo, nos permite comprender la vida de Kala Nag, que «había servido al go-

bierno indio, de todas las maneras en que un elefante puede servir» durante cuarenta y siete largos años, así como la de cuatro generaciones de *mahouts*, también fieles al gobierno, que tuvieron buen cuidado de él. Muchos de los personajes del reino animal de Kipling están inspirados en los animales que conoció en la India. Por ejemplo, «una mangosta completamente salvaje», según Kipling, «solía acercarse y sentarse en [su] hombro en [su] despacho de la India»,^[13] y se convirtió en el modelo de la epónima heroína de «Rikki-Tikki-Tavi». Los maliciosos *Bandar-log*, el Pueblo de los Monos de los relatos de Mowgli, recuerdan un artículo que Kipling escribió sobre un grupo de monos de Simla —«La ladera del monte cobra vida con su clamor»— que mandó «una comisión» y lo interrumpió cuando estaba escribiendo en su galería.^[14] La propia foxterrier de Kipling, Vixen, aparece como perrita del narrador en «Los sirvientes de Su Majestad»: corretea «por todo el campamento» en busca de su dueño, evocando felices recuerdos de la época que Kipling pasó junto a ella en la India.

En muchos aspectos, *El libro de la selva* puede considerarse una versión imaginativa del libro del padre de Kipling *Beast and Man in India* (1891), en el que describe al detalle los animales de la India «en sus relaciones con la gente».^[15] John Lockwood Kipling, artista e ilustrador de gran talento, trabajó en Bombay y más tarde en Lahore como profesor y conservador de museo, desde 1865 hasta 1893. Padre e hijo compartían idénticas sensibilidad y adoración hacia los animales, y sus trabajos se solapan de forma significativa. Kipling escribió nueve epígrafes en verso y dos poemas para el libro de su padre —sobre monos, asnos, búfalos, bueyes y demás—.^[16] Para exhibir los escritos de su hijo sobre animales, el orgulloso padre citaba larguísimos fragmentos de artículos de periódico de Rudyard, y se ocupó de la publicación íntegra de una de sus baladas del cuartel, *Oonts!* (1890) pues, a decir de Kipling padre, esta captaba de for-

ma «vívida y verdadera» la relación entre el soldado británico y el camello.^[17]

A su vez, Kipling buscó libremente inspiración en el libro de su padre y materiales con los que escribir sus historias de animales. Además, John Lockwood Kipling colaboró como ilustrador en *El libro de la selva*, y pasó a ser ilustrador único en *El segundo libro de la selva*. *El libro de la selva* fue, pues, fruto de la colaboración familiar, como tantos proyectos imperiales.

En el siglo XIX la figura del animal salvaje gozaba de gran popularidad, ya fuera en libros de historia natural o en literatura de caza, dado que la exploración y la explotación de la naturaleza formaban parte esencial de la expansión colonial británica. Kipling, al escribir *El libro de la selva*, se apoya considerablemente en esta tradición. En este sentido, una de sus fuentes es la obra de R. A. Sterndale *Natural History of the Mammalia of India and Ceylon* (1884), y el encuentro de Mowgli con el tigre Shere Khan está en la línea de la literatura colonial de caza, que se recrea en la emoción de cazar grandes animales. Durante este período hubo también muchos relatos «fantásticos» en los que aparecían animales, como *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll (1865) y su secuela *A través del espejo* (1871). Estos relatos, como los de Mowgli, situaban el paso de la niñez a la edad adulta en un mundo de animales parlantes. Kipling, en *Algo de mí mismo*, se refiere a «el vago recuerdo de los leones de la Masonería de la revista de [su] infancia» como fuente de inspiración para *El libro de la selva*, junto con «una frase» de *Nada, el lirio* de Rider Haggard (1892), que contiene un episodio de dos hombres que se convierten en reyes de lobos fantasma.^[18] La fuente citada en primer lugar se ha identificado como *King Lion* de James Greenwood, publicado por entregas en *Boy's Own Magazine* de enero a diciembre de 1864.^[19]

En *El libro de la selva*, Kipling combinó las versiones populares de los animales exóticos del territorio colonial con el mundo de fantasía de los animales parlantes, y de este modo elevó el viejo género de los cuentos de animales a un nuevo estadio. Por encima de todo, Kipling fue aplaudido por sus vívidas descripciones de animales, que «ayudan [a los lectores] a entrar, mediante el poder de la imaginación, en la naturaleza misma de las criaturas»,^[20] Además, fue pionero en la presentación de los animales salvajes como personajes con nombres que los identificaban y con numerosas e interesantes historias que contar. Si bien ya existía la obra de Anna Sewell *Belleza Negra* (1877), donde se describe gráficamente la crueldad humana con los caballos desde el punto de vista de uno de ellos, hasta entonces ningún escritor se había mostrado comprensivo con los animales salvajes. *El libro de la selva* creó un mercado y despertó el gusto por esta clase de relatos, allanando así el terreno a escritores naturalistas como Ernest Thompson Seton y Charles G. D. Roberts, quienes desarrollaron el género de ficción animal realista, e impulsando a la vez la aparición de cuentos fantásticos sobre animales parlantes en libertad, entre los que se encuentran los libros de Perico el Conejo de Beatrix Potter (1902-12) y *El viento en los sauces* de Kenneth Grahame (1908). Tal como Kipling recuerda en *Algo de mí mismo*, *El libro de la selva* engendró «auténticos zoos [de imitadores]»; según Kipling, uno de esos imitadores es el escritor estadounidense Edgar Rice Burroughs, el autor de *Tarzán de los monos* (1912), quien «improvisaba sobre el tema de *El libro de la selva* cuando tocaba jazz, y supongo que se lo pasaba muy bien».^[21]

A los animales de Kipling se los ha acusado de inexactos, o de «francamente humanizados».^[22] Tal como dice Seton: «Puesto que Kipling no tenía conocimientos de historia natural, y no hace ningún esfuerzo por exponerlo, y puesto que, además, sus animales hablan y viven como humanos,

sus relatos no son relatos de animales en un sentido realista: son bellos y maravillosos cuentos de hadas». [23] El verdadero ingenio de *El libro de la selva*, sin embargo, reside en la combinación de relatos realistas de animales, situados en el mundo contemporáneo, con la consagrada tradición de las fábulas de animales. En estas, sobre todo en la tradición literaria occidental, los animales se crean para representar tipos humanos, y sus historias son, tácitamente, reflexiones o sátiras de aspectos diversos de la sociedad humana. Este desdoblamiento de la figura animal nos permite leer *El libro de la selva* como una alegoría de, por ejemplo, el imperialismo, la política racial, la infancia o cualquier otro tema que nos interese encontrar en el texto. En cuanto se publicó *El libro de la selva* Kipling fue aclamado como el Esopo de su época.

Es más, en el siglo XIX las fábulas de animales —como ocurre en el folclore oriental y africano— se consideraban documentos antropológicos vitales que arrojaban luz sobre los orígenes de la especie humana. Se creía que originariamente habían sido transmitidos de boca en boca por salvajes primitivos, que todavía no se diferenciaban a sí mismos de los otros animales, y para cuyas mentes «el animal semihumano no es ninguna criatura ficticia» sino una realidad. [24] Kipling escribió sus relatos sobre la selva con la idea de las fábulas de animales en mente, y «[le] parec[ía] algo nuevo en el sentido de que se trataba de una idea muy antigua y olvidada». [25] En gran medida influían en él los cuentos jataka, fábulas y parábolas budistas que tratan de las encarnaciones previas de Buda tanto en forma humana como animal, así como los cuentos de «los cazadores indígenas de la India actual», la mayoría de los cuales, según Kipling, pensaban «de forma muy parecida a como lo hace un cerebro de animal». Así pues, había «“plagiado” libremente sus cuentos». [26] Otra fuente de inspiración fue la obra de Joel Chandler Harris *Uncle Remus* (1881), basada en fábulas de

animales de la tradición «negra» recogidas en el sur de Estados Unidos, donde figura el famoso embaucador Brer Rabbit. *Uncle Remus* fue un *best seller* cuando Kipling iba a la escuela, y según decía en una carta a Harris: «... los dichos de los nobles animalitos de *Uncle Remus* se propagaron como un voraz incendio por la escuela pública inglesa cuando [él] tenía alrededor de quince años».^[27]

Los préstamos del antiguo género de las fábulas de animales dotaron de una cualidad mítica a los relatos de *El libro de la selva* de Kipling, quien los creó, según J. M. S. Tompkins, para explorar «el mundo de lo salvaje y lo extraño, lo antiguo y lo lejano».^[28] *El libro de la selva* nos traslada a nuestros orígenes primigenios, «extraordinariamente diversos, agrestes y remotos»,^[29] donde las fieras proporcionan un vínculo esencial con la naturaleza animal del ser humano y con etapas primitivas, mientras que Mowgli es la expresión del regreso del hombre a lo arcaico y a su exploración. Es más, al emplazar *El libro de la selva* principalmente en la India, Kipling sitúa sus historias en la tradición oriental de la fraternidad universal entre las criaturas vivientes. En la época de Kipling a nadie extrañaba que en las fábulas indias o budistas «a los animales se les permit[iera] actuar como animales», puesto que los orientales creían en la transmigración del alma a través de la reencarnación, que «borra las diferencias entre el hombre y el animal, y que en todo lo viviente ve a un hermano».^[30] «El milagro de Purun Bhagat» es un bonito ejemplo de ello: un santón traba amistad con criaturas salvajes que más tarde le advierten del peligro de un inminente desprendimiento de tierras, permitiéndole de ese modo que salve a los aldeanos. El hombre se dirige a sus amigos animales con las palabras «*Bhai! Bhai!*», es decir, «¡Hermano! ¡Hermano!», y esa llamada que conecta al hombre con las fieras resuena a lo largo de todos los relatos de Mowgli, a quien los animales reciben como a un hermano.

La India es el lugar de origen del *Panchatantra*, una de las colecciones de fábulas de animales no solo más antiguas conocidas hasta la fecha, sino además más difundidas y repetidas por todo el mundo, por lo que han ido cambiando a lo largo de su recorrido: La Fontaine, por ejemplo, reconoce su deuda con las antiguas fuentes indias a la hora de escribir sus fábulas.^[31] El estrecho vínculo entre *El libro de la selva* y las fábulas de animales de la India es evidente en «Rikki-Tikki-Tavi», un relato que recuerda el de «El brahmán y la mangosta» del *Panchatantra*, en el que una mangosta doméstica lucha con una serpiente y la mata para defender al bebé de su amo. Asimismo, «El *ankus* del rey», en el que Mowgli es testigo de cómo unos hombres se matan entre sí por una agujada para elefantes cubierta de piedras preciosas, se hace eco de «El cuento del perdonador» de Chaucer, cuya fuente original se dice que fue el cuento jataka «Los ladrones y el tesoro». De hecho, Kipling, en una carta de 1905, rebatía la sugerencia de que «El *ankus* del rey» era una adaptación de «El cuento del perdonador», ya que conocía una versión india de la historia: «No recuerdo una época en que no conociera esa historia. Supongo que la aprendí como un cuento de hadas de mi niñera de Bombay». Para Kipling «Chaucer era un advenedizo» en la antigua tradición fabulística original de la India, en la que él se inspiró directamente.^[32]

Los relatos de *El libro de la selva*, que están conectados con el resto del mundo gracias a la tradicional transmisión de fábulas de animales, están tejidos en torno a un fuerte sentido del cosmopolitismo, de la conciencia de que hay — por citar el título de la colección de relatos de Kipling publicada en 1917— «una diversidad de criaturas» que coexisten y comparten el mismo mundo. Kipling se esmera en mostrar hasta qué punto el reino animal, en apariencia atemporal y mítico, está, de hecho, íntimamente relacionado con el mundo contemporáneo y en proceso de una rápi-

da globalización. En «Los enterradores», por ejemplo, el Marabú describe desde la orilla de un río de la India las sensaciones que experimentó al «tragarse un trozo de hielo, de siete libras de peso» del lago Wenham, recién transportado desde Massachusetts por un buque frigorífico americano, sin saber lo que era. En «Quiquern» se muestra asimismo una población inuit de la isla de Baffin como parte integrante de un mundo internacional más amplio: «... la olla que el cocinero de un barco se agenciara en el bazar de Bhendy [la zona más cosmopolita de Bombay] tal vez terminaba sus días colgada sobre una lámpara de grasa de ballena en algún frío paraje del Círculo Polar Ártico». Esta historia narra la aventura de Kotuko y una muchacha inuit, una «extranjera» de otra zona del Círculo Polar Ártico, que partió en busca de comida para su hambriento pueblo. Termina con la integración de la chica en la comunidad al casarse con él. El movimiento y el impulso del trineo tirado por perros, que hace avanzar la aventura de la pareja, se yuxtaponen implícitamente con los de los barcos de vapor, que finalmente traerán la historia escrita de Kotuko, que había pasado de mano en mano entre los comerciantes, y la llevarán hasta Colombo, donde la encuentra el narrador. Este sentido de la interconexión del mundo se solapa con la unidad o asociación del hombre y la naturaleza, que con extraordinaria concisión expresa el hecho de que Kotuko se llame igual que su perro, el cual avanza hacia la edad adulta en paralelo con su amo y, de hecho, constituye una parte esencial de su identidad.

III

Las historias de cachorros humanos que son criados por lobos y viven con ellos vienen de antiguo y tienen un origen mitológico, como la leyenda de Rómulo y Remo, los geme-